

Libro Sanación

## Sanación - El Arte de Sanar

---

### CAPÍTULO OCHO

# Canales de Luz

## Canales de Luz

Eres las manos del Creador. Eres la voz a través de la cual habla el amor. Esto no es poesía ni aspiración—es una descripción de lo que se vuelve posible cuando un ser humano aprende a abrirse, a vaciarse, a convertirse en un canal claro a través del cual puede fluir energía infinita.

El camino del sanador es el camino de convertirse en tal canal. No generar la energía tú mismo—eso te agotaría rápidamente. No forzar que nada suceda—eso solo crearía resistencia. Sino abrirse, recibir, permitir, y dirigir el flujo de un poder mucho mayor que cualquier cosa que podrías producir por tu cuenta.

Hay una imagen sagrada que captura esta verdad: el Santo Grial. ¿Qué es el Grial? Es una copa—hueca, vacía, esperando ser llenada con lo que es santo. El buscador que busca el Grial fuera de sí mismo pierde el punto. Tú eres el Grial. Tu mismo ser es el vaso esperando ser llenado. Pero el vaso primero debe ser vaciado de todo lo que no es esencial. La copa demasiado llena de sí misma no tiene espacio para lo divino.

Esta es la gran paradoja de convertirse en sanador: debes vaciarte para ser llenado. Debes convertirte en nada para canalizar todo. Debes soltar tu agarre sobre tu propia importancia, tus propias habilidades, tu propia agenda, y volverte simplemente disponible—una tubería hueca a través de la cual puede fluir agua viva.

Pablo entendió esto cuando escribió: *"Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros."* El vaso de barro no produce el tesoro. Solo lo sostiene. El trabajo del vaso es estar intacto, estar limpio, estar disponible. El tesoro viene de otro lugar.

¿Cómo se mueve realmente la energía sanadora a través de un canal humano? Entender el mecanismo ayuda a desmitificar el proceso sin disminuir su sacralidad. La energía que sana no es generada por el sanador—es extraída del campo infinito de prana, la luz viviente que permea toda la creación. Esta energía entra al campo del sanador, circula a través de los centros de energía del cuerpo, y luego es dirigida hacia quien la necesita.

El camino sigue un patrón específico. La energía se mueve primero a través de los centros inferiores—la raíz, el vientre, el plexo solar—acumulándose y construyéndose a medida que sube. Alcanza el centro del corazón, que es la puerta crucial. Aquí la energía es transformada por el amor, coloreada por la compasión, preparada para sanar. Desde el corazón, continúa hacia arriba a través de garganta y entrecejo, luego fluye hacia afuera a través de las manos hacia quien recibe.

Por esto la condición de tus centros de energía importa tanto. Si hay bloqueos en los centros inferiores—miedos de supervivencia no resueltos, heridas emocionales, asuntos de poder y control—la energía no puede fluir libremente hacia arriba. Si el centro del corazón está cerrado o agotado, la energía no puede ser transformada apropiadamente. El canal se vuelve como una tubería con dobleces y obstrucciones—algo de agua puede pasar, pero no el flujo completo que está disponible.

La preparación del sanador, entonces, es principalmente el despeje y equilibrio de estos centros. Este es un trabajo continuo, no un logro de una sola vez. Antes de cada sesión de trabajo de sanación, sirve bien moverse conscientemente por los centros, invitando a cada uno a brillar, a girar libremente, a soltar cualquier tensión o distorsión acumulada.

Comienza en la base de la columna. Visualiza luz roja ahí—el color de la fuerza vital, de la supervivencia, de la conexión con la tierra. Mírala brillar y girar. Muévete al bajo abdomen, donde la luz naranja gobierna la emoción y la relación. Invítala a despejarse. Sube al plexo solar con su fuego amarillo de voluntad y poder personal. Déjalo encontrar equilibrio. Luego llega al corazón—el centro verde del amor y la compasión. Ten particular cuidado aquí. Déjalo abrirse sin forzar, brillar sin tensar.

Continúa a través de la luz azul de comunicación de la garganta, la luz índigo entre las cejas donde habita la percepción más profunda, y finalmente observa la luz violeta en la coronilla—esta no puedes manipularla, solo presenciarla. Refleja el equilibrio que has creado abajo. Algunos practicantes completan esta preparación visualizando luz blanca rodeando todo el ser, sellando y protegiendo el trabajo.

Con el canal preparado, la práctica real de sanación se vuelve notablemente simple. Te aquietas. Sueltas todas las barreras, todas las defensas, toda la armadura. Te haces vulnerable, vacío, pidiendo. En humildad, recibes el don que te ha sido dado y lo pasas. No eres más responsable de la sanación de lo que el grifo es responsable del agua que fluye a través de él.

Esta imagen—el grifo y el agua—vale la pena contemplarla profundamente. El grifo no crea el agua. No decide de dónde viene el agua ni juzga si la persona que bebe merece recibirla. El grifo simplemente se abre o se cierra. Cuando está abierto, el agua fluye. Cuando está cerrado, no. Tu rol como sanador es abrir. Eso es todo. El agua—la energía sanadora—viene de una fuente infinita que nunca se seca.

En el momento de la sanación, algo notable sucede: la separación entre sanador y paciente se disuelve. Ya no hay uno que da y uno que recibe. Solo está el campo de amor en el cual ambos participan. El sanador suelta todo sentido de estar separado, ser especial o superior. Quien recibe suelta la resistencia y se abre a la posibilidad. En ese espacio compartido de vulnerabilidad y confianza, la sanación se vuelve posible.

Por esto el estado interior del sanador importa tanto. Si abor das el trabajo con ego—con necesidad de ser visto como poderoso, de recibir crédito por los resultados, de probar tus habilidades—creas separación en lugar de disolverla. La energía puede seguir fluyendo hasta cierto punto, pero fluye a través de un canal constreñido. Mientras más puedas soltar el sentido de ser el que hace, más libremente se mueve la energía.

Jesús expresó esto perfectamente: "*De gracia recibisteis, dad de gracia.*" La energía no es tuya para acumular o vender. Fluye a través de ti como un regalo, y como un regalo debe ser ofrecida. Esto no significa que los sanadores no puedan recibir apoyo por su trabajo—todos deben vivir. Pero la energía misma nunca es transaccional. Es gracia, pura y simple, fluyendo desde fuente infinita a través de canal dispuesto hacia receptor abierto.

La práctica de sanación con las manos—ya sea llamada Reiki, imposición de manos, toque terapéutico, o cualquier otro nombre—funciona bajo estos principios. Las manos se convierten en el punto focal a través del cual fluye la energía preparada. Algunos sienten calor en sus manos durante este trabajo, otros sienten hormigueo o pulsación, otros no sienten nada físico en absoluto. La sensación importa menos que la intención y la apertura.

Lo que hace que estas prácticas sean efectivas a través de todas las culturas e idiomas es que trabajan a un nivel más profundo que las palabras o conceptos. La energía del amor no requiere traducción. Un sanador en Japón y un sanador en Brasil, aunque no compartan ningún idioma común, comparten acceso a la misma fuente infinita. Las técnicas pueden variar, las expresiones culturales pueden diferir, pero la realidad subyacente es una.

La fe juega un rol crucial en este trabajo—aunque quizás no de la manera comúnmente entendida. El sanador necesita fe no en sus propias habilidades sino en el proceso mismo, en la disponibilidad de energía infinita, en la capacidad del receptor de sanar. El receptor se beneficia de la apertura, de la disposición a recibir, aunque la sanación a veces puede ocurrir incluso a través del escepticismo si los niveles más profundos del ser están listos.

Para quienes están aprendiendo artes de sanación, la relación con un maestro a menudo sirve para anclar esta fe. El estudiante puede no confiar completamente en el proceso todavía, pero confía en el maestro que lo encarna. A través de esa confianza, persiste en la práctica hasta que su propia experiencia confirma lo que el maestro demostró. Eventualmente, las ruedas de entrenamiento se quitan. El estudiante descubre que tiene acceso directo a la misma fuente que el maestro le mostró.

Jesús habló de este acceso directo: *"El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva."* El agua viva no está en algún lugar afuera, requiriendo intermediarios especiales para acceder a ella. Está dentro de ti, esperando fluir. El trabajo de convertirse en sanador es en gran parte el trabajo de remover los obstáculos a ese flujo—los miedos, las dudas, los bloqueos, el sentido de no ser digno que mantiene el canal constreñido.

Por esto la auto-sanación debe preceder a sanar a otros. No que debas ser perfecto—la perfección no es posible en esta vida. Pero debes estar comprometido en tu propio proceso de despeje y equilibrio. Debes conocer tus propias sombras y estar trabajando con ellas. Debes haber enfrentado tu propio dolor y estar aprendiendo a transformarlo. Un sanador que no ha hecho este trabajo interior es como una tubería sucia intentando entregar agua limpia. Algo puede pasar, pero estará contaminado por lo que la tubería misma contiene.

La práctica diaria, entonces, es esencial. No solo la preparación antes de las sesiones de sanación, sino el trabajo continuo de meditación, auto-examen y auto-perdón. Cada día, despeja el canal. Cada día, suelta lo que se ha acumulado. Cada día, ábrete de nuevo a la fuente infinita. Esto no es carga sino privilegio—el privilegio de ser un participante consciente en el flujo del amor a través de la creación.

El camino del sanador no se trata de adquirir poderes especiales. Se trata de remover los obstáculos a lo que ya está disponible. Se trata de volverse transparente, para que la luz pueda pasar sin obstrucción. Se trata de volverse hueco, para que lo sagrado pueda llenarte. Se trata de no ser nada especial, para que algo infinitamente especial pueda trabajar a través de ti.

Eres las manos del Creador. No porque seas extraordinario, sino porque estás dispuesto. No porque hayas logrado algo, sino porque has entregado algo. La misma energía que sanó a través de Jesús espera sanar a través de ti. El mismo amor que fluyó a través de cada sanador genuino a lo largo de la historia está disponible ahora, en este momento, buscando canales a través de los cuales alcanzar un mundo que necesita desesperadamente sanación.

Abre. Vacía. Recibe. Da. Esta es la práctica. Este es el camino. Esto es lo que significa convertirse en un canal de luz.